

La organización de los temas tratados sigue un orden cronológico, abarcando aspectos de tipo arqueológico, político, poético, histórico, de pensamiento, etc. Comienza describiendo los distintos descubrimientos de Creta, señalando que tanto la Creta minoica como la Grecia micénica pertenecen a la prehistoria de Grecia. En segundo lugar reflexiona sobre el acontecimiento de la guerra de Troya, preguntándose si realmente tuvo lugar y si tenemos una idea clara de los lugares de la contienda. Tras explorar las fuentes de transmisión sobre este evento llega a la conclusión de que si *La Chanson de Roland* no constituye la historia de la Francia medieval, y si nadie piensa que los Nibelungos formen la historia de la Alta Edad Media alemana, ¿por qué hacer entonces una excepción con Homero y la guerra de Troya?

A continuación se centra en la poesía lírica, cuestionándose la libertad de los poetas a la hora de componer, dada la estrecha vinculación entre ellos y sus mecenas. Acapara en este sentido su atención Píndaro, como el máximo representante de la poesía lírica coral. El siguiente capítulo lo dedica a profundizar en la figura de Tucídides, intentando ver los acontecimientos bélicos desde la perspectiva del historiador. Lo compara con Heródoto y destaca su búsqueda de la verdad y la exactitud de los hechos narrados. Después aborda las ideas políticas de Platón confrontándolas con la política real del momento. También se cuestiona todas las leyendas que envuelven la figura de Diógenes el Cínico; diserta sobre los misterios de la lengua etrusca, sobre el mutismo de las mujeres romanas y la importancia que tuvieron en la vida política, sobre la culpabilidad colectiva de los judíos en la muerte de Jesús, sobre el poder de Diocleciano visto a la luz de Lactancio y Eusebio de Cesarea, sobre el comercio y los traficantes de esclavos, etc.

Ninguna de estas cuestiones son novedosas, todas ellas están ampliamente estudiadas y analizadas por los expertos; sin embargo, Finley pone por escrito sus inquietudes personales y las diferentes vías para resolverlas. A lo largo de estos quince breves ensayos se muestra un perfecto conocedor del mundo antiguo. Une pasado y presente con fascinantes y originales controversias e interpretaciones. Sus juicios de valor siempre están bien fundamentados y explicados con una profunda claridad de estilo, donde la vivacidad y en ocasiones el humor se unen a una gran imaginación histórica.

Completa sus disertaciones con una sucinta bibliografía y algunas notas aclaratorias. Es un libro de fácil lectura y muy asequible para las personas no especializadas en este ámbito histórico.

M. C. BARRIGÓN FUENTES

R. Boyer, *La mort chez les anciens scandinaves*, París, Les Belles Lettres, 1994, 241pp.

La obra viene a sumarse a los numerosos estudios que sobre la lengua, literatura y civilización escandinavas viene publicando el autor, profesor de estas especialidades en la Universidad de la Sorbona.

Los tres aspectos aparecen perfectamente imbricados en un libro cuyo objetivo es demostrar la presencia de dos culturas en el norte de Europa en la edad antigua, de acuerdo con un principio dicotómico ya reconocido en trabajos anteriores y por otros

investigadores. Es precisamente esa concepción de un universo doble la que dificulta, a su entender, un estudio dumeziliano o estructural. Una bipartición presente ya en los petroglifos de la Edad del Bronce, que constituye una constante en la sociología, mitología, literatura y lengua nórdicas. Justamente la elección de un tema tan fundamental como el de la muerte y los muertos le permite bien a Boyer indagar en las huellas de esa dualidad.

Esa dicotomía, donde un elemento material encuentra su correspondiente espiritual, responde a dos estratos sucesivos que comportan dos visiones diferentes. Una, arcaica, preindoeuropea, basada en valores y referencias concretas, «materiales», y otra, más reciente, indoeuropea, más espiritual. No establece el autor una jerarquía entre ambas, ya que son evidentes los testimonios de superposición, sino que recalca la labor de «arqueología mental» necesaria para el examen de unas fuentes redactadas cuando ambas culturas son ya antiguas. Esto supone que la distinción entre ellas es sumamente difícil, máxime si se tiene presente que la redacción corresponde a una época ya cristiana.

El libro se divide, por tanto, en dos partes claramente diferenciadas. Examina la primera la muerte concebida como realidad física o material. Como testimonio de tal creencia estudia en primer lugar los datos sobre los *draugar*, muertos vivientes, que implican una existencia puramente corporal de los difuntos. En un segundo apartado se ocupa de las similitudes entre los muertos y los seres subterráneos (gigantes, enanos, trolls y espíritus tutelares) y destaca la concepción de la tumba como morada del difunto, que continúa cerca de su familia una vida prácticamente idéntica a la que ha abandonado. Analiza entonces el tercer punto: las ideas sobre el reino de los muertos en tanto que universo concreto. Examina aquí muy diferentes cuestiones: culto a los antepasados dentro de una concepción que prima la familia, el clan, que incluye a vivos y muertos; representaciones del más allá; medios de acceso; connotaciones morales etc.

En la segunda parte de la obra se ocupa Boyer de la muerte como realidad espiritual. Realiza para ello una aproximación fenomenológica que consiste primero en un análisis del concepto del alma entre los antiguos escandinavos, que utilizan hasta tres denominaciones diferentes. Examina después las manifestaciones pasivas y activas de los muertos; necromancia y otros fenómenos típicamente nórdicos por un lado y sueños, visiones y apariciones, por otro. Aborda a continuación una aproximación teológica, centrada en la figura de Odín, dios de los muertos, al que dedica un amplio estudio. Sólo entonces y de forma paralela a la primera parte se ocupa de la concepción del otro mundo, fundamentalmente los testimonios de la *Valhöll* y el relato de Ibn Fadhlán sobre los funerales de un jefe de los Rus' del Volga.

Considera Boyer que la noticia que transmite dicho autor árabe sobre un «paraíso hermoso y verde» constituye una descripción típicamente oriental. Sin embargo él mismo reconoce que en la *Völuspá* se utiliza esa imagen para el mundo regenerado después del fin de los tiempos. El propio autor recoge el nombre del lugar donde reina Freyja, considerada como antigua diosa de los muertos, *Fólkuangr*, «Prado del Pueblo». Éste y otros detalles han de sumarse, en nuestra opinión, a otros indicios rastreables en las tradiciones nórdicas que corroboran una concepción indoeuropea muy antigua: la figuración del más allá como una pradera.

Finalmente trata el tema del *Ragnarök*, el mito del fin del mundo y su regeneración, perfectamente adecuado para una cultura donde no existe la muerte ni como realidad física, ni espiritual. Ésa es la conclusión a la que conducen todos los testimonios examinados, cualquiera que sea su origen, la concepción materialista o la espiritual. La muerte es sólo un paso, conlleva otra vida, en relación ininterrumpida con ésta en una doble dirección. Una concepción que Boyer pone en relación con la mentalidad germánica y cuyas huellas rastrea en las inscripciones rúnicas más antiguas.

Si bien no compete a este trabajo, conviene llamar la atención sobre la importancia de esta conclusión, la misma a la que apunta el examen de las tradiciones de otros pueblos indoeuropeos.

El libro, tan sugerente, como rico en contenidos, se completa con la bibliografía doble también: la que concierne a los textos (ediciones y traducciones) y estudios especializados, limitados éstos a las obras de conjunto.

MARÍA DEL HENAR VELASCO LÓPEZ

Stanley E. Porter, *καταλλάσσω in Ancient Greek Literatur, with Reference to the Pauline Writings*. Estudios de Filología Neotestamentaria, n. 5. Córdoba, Ediciones El Almendro, 1994, 189 pp.

El meollo del libro de Porter está en la discusión de unos pocos pasajes paulinos de importancia innegable, en los cuales aparecen formas del verbo *καταλλάσσω* y del nombre *καταλλαγή* (2 Cor 5, 18-21, Rom 5, 8-11) o del verbo doblemente prefijado *ἀποκαταλλάσσω* (Col 1, 20, 22; Ef 2, 16). El lector encontrará un análisis inteligente de estos textos, muy bien documentado, que subraya el esfuerzo creativo de San Pablo para dar expresión lingüística a su pensamiento teológico. Las conclusiones, cuidadosamente ponderadas, me parecen convincentes. Así, las similitudes y diferencias que el autor establece entre los lugares donde se usa *ἀποκαταλλάσσω*, que son de autenticidad discutida, y los otros, que son ciertamente de San Pablo; o la demostración, siguiendo una idea de I. H. Marshall, de que el Apóstol de los gentiles emplea *καταλλάσσω* de forma innovadora, con el ofendido (Dios) como sujeto, que actúa para reconciliar consigo al ofensor.

Al estudio de estos textos paulinos está dedicado el tercio final de la monografía (pp. 125-189), casi toda la segunda parte. La primera es una preparación para ella, porque contiene una colección de pasajes de todos los escritores griegos hasta época bizantina (s. VI d.C.) donde se documentan *καταλλάσσω* o sus compuestos. Se explica desde el principio cómo se ha reunido el *corpus*, extraído de la base de datos del *Thesaurus Linguae Graecae*, pero también de documentación reunida por el autor, no disponible aún allí; se propone después una clasificación de los usos y construcciones que admite *καταλλάσσω* y se pasa finalmente a considerar uno por uno los testimonios recogidos,

Como es natural, el examen de estos textos es mucho más somero, pero con frecuencia ofrece datos interesantes. A veces, sin embargo, convendría dar más información. Así, por ejemplo, en pp. 74 s., a propósito de la ley sagrada de Tegea, se menciona sólo el Liddell-Scott y la nota de Schwyzer en *DGE*, ambos poco afortunados, al